



**EL CARNAVAL DE NUESTROS ABUELOS**

**Elías de Mateo Avilés**

**IV Conferencia Inaugural Carnaval de Málaga 2000**

## 1. Agradecimientos y justificación.

En primer lugar quiero agradecer de corazón las amables y exageradas palabras del presentador de este acto y los elogios hacia mi persona, absolutamente inmerecidos. También quiero dejar constancia aquí de mi reconocimiento a la Fundación Ciudadana Amigos del Carnaval y especialmente a su presidente, por pensar que un historiador como yo pudiese inaugurar con una conferencia, entre erudita y amena, el Carnaval de Málaga del año 2000.

Y, desde luego, la tarea no resulta fácil. De entre todas las fiestas que se suceden en el ciclo anual, el Carnaval o Carnestolendas es la más difícil de estudiar. Debido a su carácter eminentemente popular, trasgresor, loco, subversivo y, en muchas épocas, marginal e incluso perseguido por el poder y las autoridades. Son realmente muy pocos los documentos a los que puede recurrir el investigador para conocer el carnaval de épocas pasadas. Es, pues, la tarea que me he propuesto hoy aquí, más propia de los antropólogos y folkloristas que del cultivador de la ciencia de Clío. Además, no soy el primero de mi gremio que afronta esta aventura intelectual. Hace ya casi una década, la profesora M<sup>a</sup> Jesús García Gutiérrez culminó con éxito un interesantísimo estudio sobre los Carnavales malagueños de la II República, sirviéndose fundamentalmente de testimonios orales de personas de edad avanzada que vivieron aquellos agitados y apasionantes años.

Modestamente, yo hoy aquí, quiero perseverar en el camino emprendido y rastrear y analizar en lo posible las manifestaciones carnalescas habidas en nuestra ciudad desde la Reconquista hasta los primeros años del siglo XX con una especial atención a las dos últimas centurias, que son de las que más podemos saber y las que han determinado muchos elementos del Carnaval de nuestros días.

## 2. Primeros vestigios del Carnaval en Málaga.

Cronistas, eruditos e historiadores han prestado, tradicionalmente, una escasa atención al Carnaval. Málaga, en este sentido, no ha constituido una excepción. Prácticamente no tenemos aún hoy constancia de la celebración de las Carnestolendas en nuestra ciudad desde la Reconquista hasta bien entrado el siglo XIX. De todas formas, por datos posteriores, podemos imaginar que en Málaga hubo carnales eminentemente populares a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII con la tolerancia mayor o menor de las autoridades gubernativas, según las épocas, los distintos reinados y las órdenes que al respecto emanaban de la Corte, muchas de ellas recogidas en la Novísima Recopilación.

Díaz de Escovar, conocedor como pocos del pasado malagueño, y especialmente de la trayectoria del teatro en nuestra ciudad da por seguro que con ocasión de la estancia en Málaga como Arcediano de la Catedral del dramaturgo y poeta Juan del Encina entre 1509 y 1519, se representarían algunas de sus Églogas para divertimento en las noches de Carnaval, entre las que figuran "Fileno y Zambardo" y "Repelón".

Claramente inspirada en la misma filosofía burlesca, alegre y transgresora de los Carnavales, tenían lugar otras fiestas, a veces organizadas por el mismo clero, como el caso de la Fiesta del Obispillo o del Obispete, no exclusiva de Málaga, pues se celebraba en otras muchas catedrales españolas. El Cabildo Catedral malagueño autorizaba esta pantomima dos días al año a partir de 1504; el día de San Nicolás y el de los Santos Inocentes. Consistía en que un niño de coro, un seise, se revistiese en esas fechas con el atuendo del obispo y dirigiese el ceremonial de la Catedral asistido por otros compañeros que desempeñaban las funciones de los canónigos, mientras que éstos hacían las veces de monaguillos tratando a los niños disfrazados con la mayor

reverencia. De esta manera se invertía por unas horas el orden eclesial, ya que el Obispillo, normalmente el niño de coro más travieso y ocurrente, dirigía una procesión burlesca desde el Palacio del Obispo a la Catedral. Una vez allí, en el Coro, se parodiaban las ceremonias religiosas y se realizaban cánticos y danzas litúrgicas ante la presencia del pueblo, que acudía en masa a nuestro primer templo, disfrazado y con máscaras. Al final, el que había hecho de Obispillo era recompensado con un pequeño aguinaldo. Esta farsa que se celebró al menos hasta los años centrales del siglo XVI, no tardó en degenerar en graves incidentes, desórdenes e irreverencias hacia los símbolos sagrados. En las actas capitulares, siempre tan mesuradas, se habla con frecuencia de "deshonestidades y burlerías", de máscaras y de una procesión por las calles cercanas a la Catedral en la que al Obispillo, a caballo, le eran arrojadas naranjas y otros objetos, "lo que es en oprobio de la Santa Iglesia".

Al menos hasta mediados del siglo XIX, las fiestas de máscaras en Málaga no se circunscribían a su ubicación tradicional en Febrero. Como ocurría con el resto de los festejos, tanto religiosos como profanos, podían autorizarse en cualquier momento del año con motivo de subida al trono de reyes, nacimientos de príncipes, victorias del ejército español o cualquier otro suceso extraordinario y gozoso. Así por ejemplo, en Junio de 1833 en los festejos organizados en Málaga con motivo de la proclamación de la futura Isabel II como Princesa de Asturias, se autorizó "el uso general de máscaras" y los bailes subsiguientes, que tendrían lugar tanto al aire libre en sendos tablados levantados en las plazas de la Constitución y de la Merced, como en lugares cerrados, más selectos y elegantes, para la aristocracia y la naciente burguesía, como sería el Teatro Principal, donde se accedía por rigurosa invitación o "billete". Algunos años más tarde, en 1857, otro fasto acontecimiento ocurrido en el seno de la familia real, el nacimiento del príncipe Alfonso, el futuro Alfonso XII, también dio ocasión a que las autoridades permitieran "en la próxima Pascua de Navidad" que "se permita al público" que se regocije con la diversión de las máscaras", prohibiendo su uso por las calles a partir de las ocho de la noche.

Además de estas ocasiones extraordinarias, el Carnaval propiamente dicho parece que pervive y se afianza entre el fervor popular y la desconfianza y reglamentación de las autoridades gubernativas a lo largo de la época de Isabel II. Unos años eran autorizados, otros no, pero nadie podía impedir con eficacia la diversión de las máscaras entre los malagueños, sobre todo entre los más humildes, a no ser que se pusiera un guardia detrás de cada hijo de vecino.

Así tenemos noticias de que en los Carnavales de 1833 tan sólo se autorizaron bailes de máscaras en el Teatro Principal, entonces único coliseo de la ciudad, con toda una serie de normas coercitivas, que hemos de suponer no se cumplieron: prohibición de las máscaras por las calles, así como que éstas "no podrían llevar bastones, palos ni armas de ninguna clase". Los bailes se desarrollaban en el patio de butacas, acondicionado al efecto, mientras que los palcos se reservaban para los no disfrazados al precio nada módico, por aquel entonces, de 40 reales. No todo el mundo podía entrar en el Teatro. De esta forma y siguiendo una corriente que arranca del siglo XVIII y que se mantendrá hasta principios del siglo XX, las clases pudientes, aristocracia y burguesía, se apropian y adaptan a sus gustos una fiesta eminentemente popular e igualitaria en su origen.

Pocas noticias más tenemos del Carnaval malagueño en esta etapa, salvo la constancia de su celebración y pervivencia. Pocos meses antes de la Revolución de 1868, Díaz de Escovar recogía, sirviéndose probablemente del testimonio paterno, un breve apunte sobre el mismo que, por su brevedad no nos resistimos a reproducir: "Se celebró en los días 22, 23 y 24 de Febrero. Resultaron muy animados. Entre las comparsas se distinguió la titulada La Policía Urbana. Hubo varias estudiantinas".

### 3. El Carnaval malagueño se organiza y aburguesa. La labor de la primera Sociedad del Carnaval de Málaga a finales del siglo XIX.

Hoy día es de todos conocido que nuestra ciudad pasó una de las peores etapas de su ya multicientenaria historia durante las últimas décadas del siglo XIX: ruina de la agricultura vitivinícola a causa de la plaga de la filoxera, cierre de las antes prósperas siderurgias, paro, miseria, mendicidad, emigración a América son otros tantos síntomas de una época que los historiadores han denominado con buen criterio la crisis finisecular. Pues bien, es precisamente en los años ochenta y noventa de la centuria decimonónica cuando, por vez primera, surge un movimiento ciudadano que trata de organizar lo que hasta aquel momento había sido en Málaga eminentemente espontáneo y popular y darle una dimensión turística. Como estaba ocurriendo simultáneamente en los festejos de verano con la creación de la primera Feria de Agosto (1887), y el frustrado intento pocos años más tarde (1894) de darle una dimensión de espectáculo turístico a las procesiones de Semana Santa, el Carnaval malagueño trata de ser encauzado por la primera Sociedad del Carnaval de Málaga de la que tenemos noticia. Formada por escritores, periodistas e incluso aristócratas de significación eminentemente liberal, destaca entre sus promotores el periodista y escritor, significativamente de origen gaditano, José Carlos Bruna, Cónsul de Italia y masón destacado y que se convertiría hasta los primeros años del siglo XX en auténtico mentor y alma de las celebraciones carnavalescas en nuestra ciudad.

Cuando en el invierno de 1887 las Carnestolendas tengan por vez primera una programación e incluso un folleto informativo, se declarará expresamente por la sociedad del Carnaval, que el "ensayo de festejos" que se proponía, no tenía otra aspiración que "la de proporcionar trabajo a los industriales, movimiento al comercio y moralizar en lo posible las fiestas carnavalescas estimulando los cultos espectáculos y haciendo desaparecer esas máscaras pornográficas, cuya tendencia es la ostentación de trajes que sin halagar a la vista, ofenden al pudor". Para años venideros se pretendía organizar unas "verdaderas fiestas de invierno que atraigan como en otras partes gran número de forasteros y, por consiguiente, una verdadera y positiva utilidad a toda la población".

Con estas premisas, eminentemente burguesas de adecentamiento de una fiesta anárquica y transgresora por naturaleza, resulta especialmente interesante y aleccionador describir aquí, aunque sea sucintamente, el desarrollo del carnaval malagueño de ese año de 1887, que tuvo lugar desde el 16 al 22 de Febrero. En el primero de los días citados se preparó, como no, una recepción del Carnaval, personaje que llegaría a la Estación de tren a las 9 de la noche, y que fue recibido por numerosas máscaras en el andén. Posteriormente, y con farolillos sería acompañado en su entrada triunfal en Málaga recorriendo las principales calles de la población. No se dejaba nada a la improvisación, pues el programa anunciaba que "si desgraciadamente lloviese, el Carnaval entrará de incógnito y en carruaje cerrado".

Dadas las premisas ideológicas y sociales con las que se organizaban los carnavales malagueños de 1887, no nos puede extrañar que algunos de los espectáculos y diversiones previstos, tuviesen lugar en lugares cerrados con acceso restringido, yo diría que claramente excluyente. Así al día siguiente, 17 de Febrero, se celebró en el Teatro Cervantes, por entonces el coliseo más privado y exclusivo de la burguesía local, un baile color rosa que comenzó a las once de la noche y terminó a las cuatro de la madrugada, donde era en absoluto prescriptivo el capuchón rosa en las señoras que se presenten de máscara y el traje de etiqueta en los caballeros, o todo el traje color de rosa en los que quieran ir con disfraz. Al día siguiente, viernes 18, tuvo lugar un poco más temprano en el mismo y selecto marco, un baile de niños disfrazados, con sorteo de premios que "deberán presentarse de trajes históricos, legendarios o de capricho" con "baile de

cotillón en pequeño". Naturalmente lo más selecto, pues los niños y niñas o eran hijos de socios y abonados o debían pagar la entonces prohibitiva suma de tres pesetas para participar en el evento. Como todos nos podemos figurar estos bailes se celebraban sobre el patio de butacas, diáfano y especialmente acondicionado al efecto. Incluso en el caso del baile infantil se preveía la colocación de una "fuente en el centro movida a vapor".

El domingo día 20 se organizó lo que entonces se conocía como "Tómbola" y que hoy llamaríamos bingo, en la Plaza de la Malagueta a las doce de la mañana. Cada "acción", hoy diríamos cartón, costaba una peseta y los premios eran bastante suculentos dado el valor del dinero de la época: cien pesetas la línea y 375 el cartón relleno.

Pese a su predilección por el exclusivismo y los ámbitos cerrados y selectos, los organizadores del Carnaval malagueño del 87 no descuidaron en absoluto el ámbito público, la calle. En ella se organizaron entre el domingo día 20 y el martes 22 varios desfiles de carruajes, lo que hoy día diríamos carrozas, con sendas batallas de flores, que tuvieron lugar entre el Muelle, que por entonces llegaba hasta la actual Plaza de la Marina, la Alameda Principal y la entonces llamada Alameda de los Tristes, hoy de Colón. Se evitaba cuidadosamente la noche, pues los desfiles tenían lugar entre las dos y las cuatro y media de la tarde. Los coches o carrozas adornadas estaban exentos de pagar por participar en la batalla de flores, no así los que lo fuesen adornados y los jinetes sin máscaras, que abonaron una elevada entrada. De acuerdo con las autoridades quedaban absolutamente excluidas de la fiesta las putas y los borrachos: "queda prohibida la entrada a todo coche que conduzca mujeres reconocidas públicamente de malas costumbres y a todo carruaje ocupado por individuos en estado de embriaguez". Expresamente se cita que estos desfiles de carrozas y batallas "de flores y dulces" venían teniendo lugar en ciudades importantes del extranjero y también en Madrid, Barcelona y Sevilla, con gran éxito.

Tampoco faltaron en el Carnaval de 1887 paseos a pie de máscaras y comparsas en la Alameda con premios "a la mejor comparsa y a la más caprichosa o elegante máscara que llame la atención general". Finalmente hay que reseñar que aquel programa tan interesante se completaba con otras atracciones comunes a cualquier festejo de la época, como elevación de globos desde el cauce del Guadalmedina, la celebración de regatas en la Caleta, naturalmente con barcas tripuladas con máscaras y carreras de obstáculos para jóvenes en la Plaza de la Merced. Tampoco podía faltarla inevitable rifa de caridad que organizaban las señoras de la buena sociedad malagueña con bonos de comida que repartían entre "sus pobres" o protegidos. Cada una tenía los suyos.

Como colofón, el martes día 22 tuvo lugar el fin de fiesta que no sabemos como concluyó, pues se decía en el programa que la Junta organizadora "se reserva quemar en la noche de este día al Carnaval o despedirle en globo". Aún no se había inventado el entierro del boquerón.

Por lo que sabemos, este intento de organización y promoción turística del Carnaval malagueño no tuvo continuidad inmediata, quizás debido a la falta de apoyo oficial y de medios económicos. Sin embargo, la semilla estaba echada y con el cambio de siglo fructificaría generosamente. De inmediato todo parece indicar que pese a los estragos y penurias que pasaban los malagueños por entonces, o quizás por eso mismo, el Carnaval vive una buena época en Málaga en los años ochenta y noventa del siglo XIX. Lo oficial, culto, burgués y de buen gusto convivía en buena armonía con lo popular, siempre anárquico y a veces satírico en demasía. Así lo refleja en alguno de sus escritos el ya aludido Díaz de Escovar, salsa de todos los guisos en la Málaga finisecular: "Se organizaban estudiantinas, se presentaban algunas máscaras vestidas con lujo; se bailaba en el Liceo, Círculo Mercantil, Teatro Principal y algunos años en el Cervantes y en numerosos cafés, entre ellos El Universal, La Loba, Independencia, Butibamba y Sevillano. Al popularizarse las famosas Viejas Ricas de Cádiz, se reprodujeron en Málaga las comparsas que cantaban coplas de actualidad, no todas morales ni del mejor gusto. Se preferían para ellas los

trajes de mujer y de bandidos".

Tampoco faltaron la edición de libros o mejor dicho, folletos donde se recogían notas y coplillas carnavalescas redactadas por los más señeros escritores y periodistas del momento, desde los ya citados José Carlos Bruna y Narciso Díaz de Escovar, hasta Ramón Urbano o Salvador Rueda, el poeta de la Raza. Gracias a ellos han llegado hasta nosotros las únicas coplas del Carnaval malagueño del siglo XIX. Este género literario, eminentemente popular y de transmisión oral era, en boca del pueblo, de las clases populares, una afilada arma de crítica social y personal. Naturalmente lo que llegaba a letra impresa eran las invenciones cultas y edulcoradas de la élite. No obstante, no renunciamos a reproducir aquí dos canciones del Carnaval de 1882:

Á gozar y á divertirse;  
que ahora estamos en el tiempo  
de echar las penas al aire  
a ver si las lleva el viento.  
¡Vivan las bromas ligeras  
que se visten de buen género!  
¡Viva esa broma que nunca  
nos deja amargos recuerdos!  
Tales son las que contiene  
esta especie de folleto  
dedicado al Carnaval  
que se presenta riendo  
este año más que otros  
quizás porque está contento  
de ver como va el diablo.  
negociando con acierto.  
Echaos todos á la calle,  
con disfraces, por supuesto,  
y empiece la algarabía  
sin salir del buen terreno.  
Y pues Carnaval os brinda  
con la broma y el jaleo,  
¡já gozar y á divertiros!

que ahora estamos en el tiempo  
de echar las penas al aire...  
y que se las lleve el viento.

Y esta otra, dedicada a una joven llamada Lola, que, al parecer, tenía mucho éxito entre el elemento masculino, como se decía entonces:

Representando una rosa  
va esta máscara vestida,  
y causa muchos *dolores*  
con sus punzantes espinas.  
Franca, animada y esbelta,  
causa amor y causa envidia.  
En el teatro, está abajo,  
entre las de gracia, arriba.  
Y aunque para ser doctora  
no ha estudiado todavía,  
á mas de cuatro doctores  
interesa en demasía.

Del Carnaval de 1894, por ejemplo, se conserva una breve pero jugosa crónica manuscrita de Díaz de Escovar. A través de la misma sabemos que durante esos días de Febrero tocaban en la Alameda las bandas militares de guarnición en Málaga, en concreto de los regimientos de Borbón y Extremadura, la presencia comparsas como Murga, Nafragio Marítimo, los Peinado, los Indios, Estudiantina Malagueña y entre las máscaras destacaron Un tenorio, Cronos, los Tres Reyes Magos y Una amazona.

4. El Carnaval malagueño vive una de sus etapas de esplendor en los primeros años del siglo XX gracias al impulso de la Sociedad Propagandística del clima.

Cuando está a punto de concluir el siglo XIX y Málaga no levantaba cabeza en cuanto a su progreso material y a la superación de la crisis social y económica ya apuntada aquí esta noche, el turismo vuelve de nuevo a ser considerado por muchos comerciantes y escritores malagueños como remedio seguro para impulsar económicamente lo que por entonces se conocía como la Perla del Mediterráneo. Surge así una iniciativa ciudadana para fomentar, con actividades y planes concretos el turismo, sobre todo de invierno, en Málaga: la Sociedad Propagandista del Clima y Embellecimiento de Málaga, fundada en 1897 y cuya denominación expresaba claramente sus futuras actuaciones. Además de editar folletos enviados a las principales capitales europeas sobre las bondades del clima invernal malagueño, la sociedad del Clima, como popular y brevemente se la conoció, alentó reformas urbanas para embellecer la ciudad, como la urbanización del actual Muelle de Heredia o la promoción turística de Gibralfaro mediante la construcción de paseos a su

alrededor. Será, sin embargo un tercer campo de actuación el que nos interesa hoy aquí especialmente: el de la promoción de festejos y actividades culturales. En este sentido, la Sociedad del Clima no sólo contribuyó decisivamente a impulsar la Feria de Agosto a partir de 1899, sino que dio un impulso y una organización realmente importante y compleja a los Carnavales desde 1900 y durante toda la primera década del siglo XX. Se retomaba así la aislada, aunque meritoria iniciativa de aquella pionera Sociedad del Carnaval en 1887.

Realmente se querían crear unas auténticas Fiestas de Invierno que atrajesen a lo que entonces llamaban los forasteros, y hoy conocemos como turistas o guiris, al mismo tiempo que se limaban las aristas más punzantes del Carnaval y se convertía a éste en una fiesta "decente y culta". Los promotores directos y alma de este renovado Carnaval malagueño de principios de siglo fueron, como no, el ya citado escritor gaditano afincado en Málaga José Carlos Bruna y un tal Enrique López de Figueredo.

El marco elegido para la fiesta popular y multitudinaria cambió ahora con respecto a etapas anteriores, siendo elegida la gran explanada del Muelle de Heredia, donde se organizaron cada año durante tres días grandes batallas de serpentinas y confettis, naturalmente con luz del día, pues se comenzaba a las tres y se concluía a las cinco y media de la tarde. Se instalaban sillas que se alquilaban, delimitándose tres paseos, dos peatonales a los lados y uno central para los carruajes adornados, las comparsas y las máscaras, tanto a pie como a caballo. En una tribuna en la parte central de la explanada se colocaba la presidencia del acto con "distinguidas señoras y señoritas, las primeras autoridades, el Presidente de la Sociedad Climatológica, el jurado calificador y las señoras y caballeros que acompañen a las Presidentas". Por supuesto, sólo estaba permitido el lanzamiento de serpentinas, confetti, neverinas, flores naturales o de las llamadas adherentes, "y cuanto pueda constituir agradable distracción sin causar la más ligera molestia". Curiosamente se prohibía la venta libre de estos artículos pues se concedía la exclusiva de los mismos en el recinto carnavalesco a un solo comerciante. Algunos años, el último día de batalla, se rompía "una hermosa Piñata llena de palomas, flores y confetti, pudiendo tirar de las cintas solamente las señoras y señoritas que ocupan carruajes".

Naturalmente había premios, algunos de ellos importantes, hasta quinientas pesetas de la época, para carrozas que representen algún hecho histórico, ficción mitológica o escena de novela célebre, carruajes adornados, mascaradas a pie y a caballo formadas por varios integrantes, estudiantinas y máscaras individuales. Incluso se establecían premios para los disfraces infantiles. Quedaban prohibidas, eso sí, algo tan consustancial con la fiesta que nos ocupa como el travestismo, en aras de la moral y las buenas costumbres: "Quedan prohibidas las comparsas o máscaras aisladas cuyo disfraz esté en contraposición al sexo, por más que se presenten irreprochablemente ataviadas". Tras las batallas y concursos, carrozas, coches adornados, comparsas, estudiantinas y máscaras individuales a pie y a caballo realizaban un desfile por la Acera de la Marina, calle de Larios y Plaza de la Constitución.

Pero antes de estos espectáculos multitudinarios, algunos años se realizaba la solemne recepción del "Rey de las fiestas carnavalescas". El sábado inmediatamente anterior al domingo de carnaval, tenía lugar este festejo callejero que comenzaba con su desembarco en el Puerto procedente de un vapor "convenientemente engalanado con iluminación a la veneciana y luces de bengala". Acto seguido ocupaba una espléndida carroza acompañado del dios Momo, Terpsícore y la Locura y recorría en olor de multitudes las calles de la ciudad. Del año 1901 ha llegado hasta nosotros el orden de la cabalgata inaugural del carnaval malagueño donde se intentaba conjugar lo oficial y burgués con lo popular y trasgresor:

Una sección de la Guardia Civil, á caballo.

Banda de música.

Tres pajes á caballo, con farolas.

Carruaje descubierto, tirado por cuatro caballos, llevando en el asiento de preferencia el escudo de Málaga, y en los de enfrente, dos Reyes de armas.

Comparsas.

Carroza conduciendo al dios *Baco* sobre un magnífico tonel.

Mascaradas y estudiantinas.

Otros tres pajes con farolas.

Carroza representando la *Tradición*.

Bandada de Murciélagos.

Gran carroza conduciendo al Carnaval, representado por *Mefistófeles*, acompañado de sus *ministros*, y adornado como requiere tan *ilustre* personaje.

Escolta de Mefistófeles.

Más comparsas.

Cuantas máscaras se presente y á juicio de la Comisión puedan ser admitidas en el cortejo.

Banda de música.

Otra sección de la Guardia Civil, montada, cerrando la marcha.

Este programa de los carnavales malagueños de principios del siglo XX se completaba con los bailes exclusivos que por estas fechas organizaban los más distinguidos centros culturales y recreativos con el Liceo, el Círculo Mercantil, el Círculo de la Unión Comercial e Industrial o las sociedades de aficionados al teatro Espronceda, Dicenta y Echegaray, a los que se invitaba gratuitamente a los forasteros. Además, para promocionar la llegada de éstos, procedentes de los pueblos del interior de la provincia y de otros puntos de Andalucía, se disponían trenes especiales con reducción en el precio de los billetes, costumbre que hoy, por desgracia, se ha perdido.

También se procuraba mejorar el aspecto de Málaga, sobre todo de sus calles más céntricas convocando un concurso de escaparates entre los comerciantes y colocando una iluminación especial "con arcos voltaicos" en la calle de Larios y en la Plaza de la Constitución.

Todos los que presenciaron el carnaval malagueño de principios de siglo estuvieron de acuerdo en su progresivo auge que culminó en 1904 con una deslumbrante comitiva de recepción compuesta de jinetes enmascarados, la estudiantina "Fígaro", una monumental "Gitana", un estandarte, faroles, una automóvil engalanado (auténtica novedad en aquel momento), la carroza del Carnaval en la que iba éste sobre un enorme dragón, centenares de máscaras y hasta una gran jaula con jóvenes disfrazados de monos que los organizadores colocaron especialmente "para ver si el modernismo, que era el extravagante estilo artístico en boga, se propone imitarlos". Entre las doce comparsas participantes, unas a pie, otras a caballo y otras en carroza. Díaz de Escovar recuerda algunos de sus nombres: "Los botijistas", "Los lilas sevillanos", "Músicos locos", "Guerreros gordos", "Profesores de orquesta", "Los tontos", "Coro de violinistas" y "Estrellas y Luceros".

También aquel año y como ensayo hubo despedida del Carnaval el Domingo de piñata, último día de las fiestas, con una comitiva que tras recorrer el centro de Málaga, llegaría hasta el Paseo de la Farola "donde el Rey de las fiestas se despedirá elevándose en un globo que mide 6 metros de altura". Según el programa, si el viento impidiese llenar el globo se hacía un auto de fe con el símbolo del Carnaval. Aquí tenemos de nuevo otro precedente directo de nuestro ahora inevitable entierro del boquerón.

Afortunadamente de esta edad de oro que el carnaval malagueño vivió hace casi un siglo se conservan impresas algunas coplas que cantaban las comparsas por las calles de nuestra ciudad y que criticaban, parodiaban o se burlaban de personajes o situaciones de la más rabiosa actualidad. Hemos escogido dos ejemplos especialmente divertidos. En el primero se burlaban , hace justamente ahora cien años del siempre recurrente anuncio del fin del mundo. Así lo veían y cantaban una comparsa malagueña:

Toda la prensa de Europa  
echó á volar el infundio  
que el día trece de Noviembre  
iba a concluir el mundo  
Hubo quien por no pensar  
la muerte que se acercaba,  
el siete tomó una curda  
y el diez y seis le duraba.  
Hubo desmayos sencillos  
y suicidios espantosos,  
camisas y calzoncillos  
con perfumes olorosos.  
Todos los meses debían  
de dar este notición  
y entonces progresarían  
las fábricas del jabón.

O esta otra en la que se ironizaba sobre la miseria en que vivían por entonces los guardias municipales:

A pesar del mucho llanto  
que encierra esta capital  
todavía sigue el quebranto  
de algunos años atrás.

El otro día en la plaza  
dicen que un municipal  
traía guardada una taza  
llena de garbanzos y pan.  
Como siempre los curiosos  
suelen de ver muchas cosas  
observaron que llevaba  
detrás su querida esposa.  
En la Loba se metieron  
y el matrimonio tranquilo  
y los dos juntos comieron  
aquella ración de asilo.  
A Dios gracias, - dijo el guardia.  
y la mujer le decía:  
mira que quedas cesante  
si se entera la alcaldía,

Ya en los años postreros del primer decenio del siglo que ahora acabamos, el Carnaval malagueño entra en una clara decadencia que se prolongará hasta los días gozosos y brillantes en este terreno de la II República. La Sociedad Propagandista del Clima deja de ser el motor y organizadora de estos festejos a partir de 1908 como no, por dificultades de financiación. Se produce de nuevo un divorcio entre el Carnaval culto y burgués y el Carnaval popular que vuelve a situarse en la marginalidad y en lo espontáneo. Las clases altas y medias se vuelcan en los bailes de máscaras en recintos cerrados y selectos. Los organizados por el Liceo y , más adelante por la Asociación de la Prensa en el Cervantes, fueron los más selectos y brillantes hasta nuestra Guerra Civil.

Y mientras tanto en la calle no decae la fiesta, eminentemente popular, a veces soez y chabacana. Así la recuerda el pintor Manuel Blasco en su friso entre costumbrista y naif de la Málaga de los años diez y veinte: "Las calles desde la mañana, sin parar se llenaban de comparsas, mugas y máscaras. Las comparsas no tenían nada de académicas, y en sus canciones la ordinariez y la verdulería se juntaban para contar hechos y sucedidos con gracia desgarrada: el último escándalo, el mercado y la política eran los temas preferidos. Las murgas con el mismo tono, y el hombre del cartelón contando un crimen tan verde como espeluznante. Paseaba las calles, serio y pausado el "Gitano de las Escarchas", y también una máscara sensacional, la niña del trompo: un hombretón peludo con carta de bebé y trajecito de nena pequeña esperaba que le hicieran corro y entonces se agachaba para coger un trompo... su mamá se había olvidado de ponerle los cucos, y los guardias se lo llevaban a la Aduana. Pierrot, payasos, toreros, muerte canina, toda la abigarrada garrulería de la vestimenta y trapajería imaginada. Pero de todas las máscaras, la más máscara, de del pañuelo a la cabeza, el canasto en las posaderas, el soplillo por abanico y el escobonazo era la

destrozona, que se convertía en la gran arbitrariedad del Carnaval, su risa desbocada, su aborto. Frente al lujo y la pretensión de las lujosas máscaras que pasan, orgullosas de su vanidad más que de humorismo, la destrozona opone la verdad del Carnaval, su disparate, su esperpentismo". Hasta aquí el testimonio entre sentimental y añorado del hoy ya desaparecido Manuel Blasco.

Por último, nos arroja también bastante luz sobre el Carnaval malagueño del primer cuarto del siglo el también desaparecido médico y escritor Gustavo García-Herrera en esa joya de costumbrismo y erudición que son los Recuerdos del Perchel. En ellos dedica un capítulo a los Carnavales de su infancia y juventud con especial atención a las comparsas que se formaban en las hoy casi desaparecidas calles percheleras como las de Callejones, Cañaveral y Orfila, además de glosar y perpetuar la memoria de personajes populares de entonces, carnavaleros hasta la médula de sus huesos como el Señor Salvador, apodado "el del gato" por su sempiterno disfraz, Pérez Oñate, infatigable organizador de pandas y murgas y, sobre todo, Emilio Rojas, obrero de los Ferrocarriles Andaluces, ocurrente y con salero, otro gran muñidor de comparsas con las que solía obtener premios en los concursos que se realizaban en el teatro Lara. Así un año disfrazó a un grupo de hombres de tiernas niñas con minifaldas, moñas y calcetines en una comparsa titulada "señoritas revoltosas", que llevaban además instrumentos musicales y cuerdas o saltadores. De vez en cuando hacían un alto en la música y organizaban verdaderas competiciones de saltos procurando excitar la risa con brincos, caídas y contorsiones que dejaban al descubierto los moños de las enaguas, los lazos o encajes de los cucos, y cuando menos se esperaba algo más.

Para García Herrera, el Carnaval malagueño de principios de siglo "era travieso, satírico, casi infantil en sus pantomimas, caretas y disfraces. No faltaba, indudablemente la pincelada sexual representada por murgas o comparsas y por los tíos de los carteles con viñetas y rótulos cuyas explicaciones iban bien cargadas de pornografía, cuando no de frases obscenas. Otro tanto sucedía con las murgas; las letras que cantaban, cuando no alusivas a sucesos provinciales o críticas disimuladas de las autoridades locales, eran jocosas, con léxico chabacano y frases de doble sentido".

Con estas pinceladas, entre reflexivas y amenas hemos intentado hoy aquí acercarles a ustedes a los orígenes y evolución del Carnaval malagueño hasta las primeras décadas del siglo que ahora concluye. Los cortos pero intensos años de la II República están perfectamente estudiados ya por María Jesús García. Los Carnavales de los ochenta y noventa están, gracias a Dios en la memoria de todos nosotros. Y los del año 2000 están aún por vivirse por parte de los malagueños. Desde aquí deseamos el mayor esplendor y brillantez para nuestras fiestas de invierno en las próximas semanas, donde, como siempre ocurre en estos casos el mundo se volverá del revés.

Muchas gracias..

Elías de Mateo